



Seminario de Silencio

La resurrección de Lázaro

Del Evangelio de Juan (11, 32 -)

Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.»

Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo: «¿Dónde lo habéis puesto?» Le responden: «Señor, ven y lo verás.»

Jesús se echó a llorar.

Los judíos entonces decían: «Mirad cómo le quería.»

Pero algunos de ellos dijeron: «Este, que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que éste no muriera?»

Entonces Jesús se conmovió de nuevo en su interior y fue al sepulcro. Era una cueva, y tenía puesta encima una piedra.

Dice Jesús: «Quitad la piedra.»

Le responde Marta, la hermana del muerto: «Señor, ya huele; es el cuarto día.»

Le dice Jesús: «¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?»

Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado.

Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.»

Dicho esto, gritó con fuerte voz: «¡Lázaro, sal fuera!»

Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: «Desatadlo y dejadle andar.»

Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él.

Remover la losa y salir afuera

Tú eres Lázaro. Tú estás llamado a salir de la oquedad y de la podredumbre en que tantas veces habitas. No es fácil, claro, puesto que para ello hay que remover una pesada losa. Esa losa de la desesperanza pide ser removida; nos sentamos a meditar precisamente para removerla. Dentro nos encontramos con un cadáver que huele mal, desde luego; nosotros somos los que olemos mal. Pero en cuanto descorremos esa losa, el aire fétido sale de la tumba en que nos hemos enterrado y empezamos a respirar. Empezamos a enterarnos de ese milagro permanente que es la vida.

Si crees, la gloria de Dios puede y quiere manifestarse en esa carroña que podemos llegar a ser: atontados por el ruido, embotados por el alcohol, atenazados por los rencores, ciegos por el miedo y la culpa. Mientras no reconozcas que estás en una tumba, mientras no admitas que a menudo –casi siempre en realidad- eres como un cadáver, encerrado en el ataúd de tus prejuicios y preocupaciones, mientras no admitas que necesitas de alguien –una Marta que interceda por ti- que venga para ayudarte, no escucharás ese “ven afuera”. Sal de ti mismo. Abandona la oscuridad. Entra en la vida de una vez por todas, que vas a cumplir ya 40 años, 50, 60..., y aún sigues encerrado en tu micro-mundo y atrincherado en tus cuatro ideas.

Ven afuera. Éste es el mandato que todos deseamos oír, lo sepamos o no, cuando nos sentamos a meditar. Entra en la fiesta. Deja las tinieblas. Sal a la verdad. Vive para lo que estás hecho. Abandona la triste comodidad de ese cajón en el que te has instalado desde hace años. Meditamos para desatarnos de los temores, de los apegos, de los sucedáneos de felicidad. Porque a menudo estamos tan atados de pies y manos que no podemos caminar ni actuar. Sólo nos desatamos cuando escuchamos nuestro nombre. Necesitamos oír: Lázaro, Olga, Javier, Macarena... Sólo cuando escuchamos nuestro verdadero nombre removemos la losa con que nos protegemos, abandonamos nuestras tinieblas y descubrimos que no somos esclavos, sino hijos de la libertad.

TRÍADAS

¿Cómo es el cajón en que te has instalado? ¿Cómo es que te has hecho a vivir tantos años en esa oscuridad?

¿Qué es lo que realmente te impide remover más decididamente la losa con que te cubres? ¿De qué está hecha esa losa?

¿Crees que necesitas de una Marta que interceda por ti, de alguien que salga en tu ayuda?

¿Escuchas tu nombre en la meditación, es decir, estás llegando a descubrir mejor quién eres verdaderamente?